

Semana del 25 de febrero al 3 de Marzo de 2018. DOMINGO II DEL TIEMPO DE CUARESMA

“Ante la proximidad de la Pasión, fortaleció la fe de los apóstoles, para que sobrellevasen el escándalo de la cruz”

1.- La Palabra de Dios:

1ª Lectura: Gen 22,1-2.9-13.15-18: “El sacrificio de Abraham, nuestro padre en la fe”

Salmo: Sal 115,10 y 15.16-17.18-19: “Caminaré en presencia del Señor en el país de la vida”

2ª Lectura: Rom 8,31b-34: “Dios no perdonó a su propio Hijo”

Evangelio: Mc 9,2-10: “Éste es mi Hijo amado”

Del Santo Evangelio según San Marcos (Mc 9,2-10)

+++ Gloria a Ti, Señor.

Seis días después, Jesús tomó consigo a Pedro, a Santiago y a Juan, y los llevó a ellos solos a un monte alto. A la vista de ellos su aspecto cambió completamente. Incluso sus ropas se volvieron resplandecientes, tan blancas como nadie en el mundo sería capaz de blanquearlas. Y se les aparecieron Elías y Moisés, que conversaban con Jesús. Pedro tomó la palabra y dijo a Jesús: “Maestro, ¡qué bueno es que estemos aquí! Levantemos tres chozas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías.” En realidad no sabía lo que decía, porque estaban aterrados. En eso se formó una nube que los cubrió con su sombra, y desde la nube llegaron estas palabras: “Este es mi Hijo, el Amado, escúchenlo.” Y de pronto, mirando a su alrededor, no vieron ya a nadie; sólo Jesús estaba con ellos. Cuando bajaban del cerro, les ordenó que no dijeran a nadie lo que habían visto, hasta que el Hijo del Hombre resucitara de entre los muertos. Ellos guardaron el secreto, aunque se preguntaban unos a otros qué querría decir eso de “resucitar de entre los muertos”.

Palabra del Señor / Gloria a Ti, Señor Jesús.

2.- Referencias para la mejor comprensión del Evangelio:

Una vez más conviene que recordar que el Evangelio nos narra los sucesos que acontecieron “seis días después...” de que Jesús les anunciara a sus discípulos que algunos de ellos iban a ver el poder de Dios en esta vida, El dato es útil porque nos pone en contexto, y guarda directa relación con lo que leemos hoy (que tres de los Apóstoles vieron la Gloria y el Poder de Dios cuando Jesús se transfiguró). Pero esta vez conviene no quedarse sólo con la respuesta sencilla, sino ir un poquito más allá todavía:

Entre los últimos versículos del capítulo octavo, y en el primer versículo del noveno de su Evangelio, San Marcos nos cuenta que Jesús estaba conversando con sus discípulos, y que les dijo: primero, que “*de nada le sirve al hombre ganar el mundo entero, si pierde su alma, pues no podría después dar nada a cambio para rescatarla...*”

Luego agregaba: “*Yo les aseguro que si alguno se avergüenza de mí y de mis palabras, en medio de esta generación adúltera y pecadora, también el Hijo del Hombre se avergonzará de él cuando venga con la Gloria de su Padre, rodeado de sus santos ángeles.*” (Cfr. Mc 8,36-38).

Finalmente les dijo: “*...algunos de los que están aquí presentes, no conocerán la muerte sin que ya hayan visto el Reino de Dios viniendo con poder.*” (Cfr. Mc 9,1). A los seis días de haberles dicho todo aquello, tomó con Él a Pedro, a Santiago y a Juan, y les pidió que le acompañaran al monte...

Como vemos, el mensaje que nos trae esta trama es, ante todo, una invitación directa a la conversión radical: Nos dice, por un lado, que el mundo puede darnos de todo, pero el que realmente nos salva es sólo Jesucristo.

Luego te dice que si tú no te avergüenzas de Jesús, Él te reconocerá cuando más lo necesites (es decir, a la hora de tu juicio)... Cabría preguntarse aquí qué quiere decir esto de “avergonzarse” o “no avergonzarse” de Jesús... A continuación volveremos sobre este asunto, porque tenemos bastante para pensar al respecto.

Por último, dentro de ese contexto previo, está el anuncio de Jesús sobre la próxima manifestación de su Poder y Gloria: “**algunos de ustedes lo verán en esta vida**”, les dice, refiriéndose seguramente a lo que Pedro, Santiago y Juan presenciarían seis días después, en lo que nos relata el Evangelio de hoy: La Transfiguración.

El mensaje central, sintético, resumido, de la Transfiguración de Cristo, está en la boca de Dios Padre: “**Este es mi Hijo amado; escúchenlo.**” Por eso es que nos ha parecido oportuno incluir en nuestra reflexión todos estos datos de contexto que acabamos de mencionar.

¿Qué es lo que en el fondo nos invita a hacer el Padre...? ¿Qué quiere decir, pues, “escuchar” a Jesús?

El Diccionario de la Real Academia Española nos dice que “**escuchar**” (vocablo proveniente del latín “**auscultare**”), significa “**prestar atención a lo que se oye**”. Así como el médico, al “auscultar” a su paciente, escucha con atención todos los síntomas que este le contará, luego escucha con atención y estetoscopio sus pulmones, su vientre, etcétera... Resaltamos la etimología latina, no para presumir de conocedores (pues de hecho investigamos esto recién a la hora de preparar esta catequesis), sino porque la palabra “auscultar”, precisamente recordando e imaginando lo que hace un médico al revisar a su paciente, puede ayudarnos a entender muy bien la idea de lo que debemos hacer... ¡Escuchar debiera ser

entonces analizar y prestar la **máxima atención a cada detalle de lo que se oye!**

Como debemos saber, la atención es un acto “volitivo” o “voluntario”, es decir, que depende directamente de nuestra VOLUNTAD, por lo que requiere de una DECISIÓN previa y de un ESFUERZO CONSCIENTE Y TENAZ.

Casi todos queremos “ser escuchados”, y probablemente éste sea un signo de que quizás casi nadie sepa escuchar. Es que, como leímos por allí, en el sitio de Internet de la Fraternidad Católica “Kejaritomene”, “*escuchar supone callarse, donar tiempo, aguardar, acoger, querer entender, preguntar, sugerir... y de nuevo **callarse**. Por eso escuchar es equiparable a un arte de exquisita belleza, o a un ejercicio de considerable pericia y esfuerzo*”. Interesante definición de escuchar, ¿verdad...? Sobre todo, es callarse, pero ¡nos cuesta tantísimo hacer silencio...!

Sobre todo, nos cuesta horrores hacer silencio interior, es decir, tratar de no contaminar lo que oímos con lo que creemos, queremos, buscamos, necesitamos, etcétera... Es por eso que, en nuestro Programa de “Gestión Estratégica del Capital Humano por Competencias” (para los amigos GECH), es decir, en el modelo de gestión y conducción del ANE, hemos definido el “aprender a escuchar” como una competencia genérica, es decir, como una habilidad que TODOS los integrantes del ANE debemos adquirir, desarrollar y perfeccionar... Pues sí... No hay manera de “Escuchar lo que Él nos dice” si no sabemos escuchar, ¿verdad? De modo que ya trabajaremos detalladamente en eso, con la bendición de Dios...

Por ahora quedémonos con que, para comprender lo que se escucha (así como para comprender lo que se lee), es necesario **prestar atención**, y a veces resulta muy difícil mantenerse atento... Pero si nos esforzamos por identificar las causas que provocan nuestras distracciones, es posible que podamos hacer algo para evitarlas o controlarlas.

Los factores que causan nuestra distracción pueden ser personales o de contexto (es decir, “situacionales”); por eso es que uno de los ejercicios más convenientes, cuando vamos a disponernos a escuchar, consiste en prepararnos **previamente** para hacerlo, tomando clara consciencia de lo que vamos a oír, de cómo esto se relaciona con nosotros, con lo que ya sabemos, y con lo que podremos necesitar más adelante, etcétera; y luego, prestar TODA nuestra atención.

Ahora bien, volviendo a la “cate” de esta semana: Escuchar a Jesús, comprender, asimilar y tratar por todos los medios de **PRACTICAR** Su Palabra es lo que nos pide, en el Evangelio de hoy, nada menos que Dios Padre... De hecho, ese es el fundamento y el punto de partida de la Fe Cristiana; después vendrá todo lo demás: la lectura del Antiguo Testamento, las enseñanzas del Catecismo, los dogmas de la Iglesia, las reflexiones teológicas, y aún las obras de caridad o de servicio a los más necesitados... En el inicio de todo, está el **ESCUCHAR a Jesús**, y dejar de escucharnos a nosotros.

Y allí está la importante relación que veíamos entre lo que nos dice el Evangelio de hoy y su contexto; en concreto, esto que hablaba Jesús seis días antes, acerca de quienes se “avergüenzan” de Él... Atendamos:

Quien sabe escucharlo, está permanentemente atento a la Voluntad de Dios, que se manifiesta en primerísimo lugar a través de Su Palabra, pero también por medio de los acontecimientos, de los consejos que recibimos, de las peticiones que nos formulan nuestros hermanos en el Apostolado (y muy especialmente nuestras autoridades), etcétera.

De este modo, “avergonzarse de Jesús” no es solamente negarlo de frente, sino que hay diversos grados de “*vergüenza de Él*”, que pueden ir, desde su negación absoluta, en el caso de los ateos, hasta los “permisos” que nos otorgamos a nosotros mismos, de hacer lo que queremos y como creemos, en vez de buscar y cumplir la Voluntad de Dios, y en vez de solicitar la orientación de nuestros “hermanos mayores”...

Y entre los factores (personales y de contexto) que debemos identificar, para que no desvíen nuestra atención de la Voluntad de Dios, debemos tener especial cuidado con las múltiples tentaciones que a menudo nos atacan, como la búsqueda de reconocimiento, el afán de figurar, la comodidad o la pereza (espiritual y corporal), el querer hacer todo “a nuestro modo”, etc.

Una vez más, en estas catequesis, recordamos el consejo de un buen director espiritual: “*Si estás decidido a seguir a Cristo, presta mucha atención al „Ángel de Luz”, que no tardará en acosarte; pues sabiendo el demonio que tú quieres ser de Dios, no se te presentará para tentarte con cosas baratas y evidentes, sino que tratará de confundirte, haciéndote pasar por bueno lo que en realidad NO lo es...*”

Así por ejemplo vemos, en el caso del Evangelio que leíamos hoy, a ese buenazo de Pedro, encantadísimo con lo que estaba viviendo, que le dice a Jesús “**¡Quedémonos aquí!**”. Sus palabras fueron inocentes, espontáneas como eran siempre: “**Maestro, ¡qué bueno es que estemos aquí! Levantemos tres chozas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías.**” En apariencia no había nada de malo en sus palabras, pero en el fondo, ese pedido entrañaba una gran tentación; esto era como volverle a decir “**No cumplas con tu Misión; no te hagas matar por nosotros... ¡Disfrutemos de esta Gloria siempre...!**” Decimos que esto era como “*volverle a decir*” aquello a Jesús, porque recordaremos que cuando Él anunció por primera vez su Pasión, Pedro trató de desanimarlo. (Cfr. Mt 16,21-23 y Mc 8,31-33).

Ahora, luego de que sus tres discípulos vieron Su Poder y Gloria, Jesús les vuelve a anunciar que será ajusticiado, aunque lo hace en forma más bien velada; les pide que no comenten nada de lo que habían visto *“hasta que el Hijo del Hombre resucitara de entre los muertos.”*

Resulta claro que no le habían comprendido el anuncio de su muerte ahora, pues el mismo evangelista nos dice: *“Ellos guardaron el secreto, aunque se preguntaban unos a otros qué querría decir eso de “resucitar de entre los muertos.”*

Nosotros sabemos que lo que Jesús quiso hacer, al llevar a estos tres amigos con Él, fue fortalecerlos en la Fe y en la Esperanza, porque muy pronto serían testigos del abatimiento del Señor, y lo verían pasar por las vergüenzas, ultrajes y desolaciones más espantosas; pero ellos debían servir luego de apoyo para el resto de sus hermanos, a fin de animarles y fortalecerles, de poderles decir, como hará Pedro en su Segunda Carta: *“No hemos sacado de fábulas o de teorías inventadas lo que les hemos enseñado sobre el poder y la venida de Cristo (...) Nosotros mismos escuchamos esa voz venida del cielo estando con él en el cerro santo”*. (2Pe 1,16- 18). Una vez fortalecidos con las Gracias recibidas en la Transfiguración, debían sacrificarse, Jesús primero y los apóstoles después.

Nosotros también, como cristianos y como apóstoles de la Nueva Evangelización, hemos sido y somos testigos del Poder de Jesucristo, sabemos que Él está Vivo y actúa hoy, en este mundo. Encontremos pues en Su Palabra, atentamente escuchada, en la oración y en la meditación, los caminos por los cuales debemos transitar, y la inspiración con la cual debemos animar y fortalecer a nuestros hermanos. **¡Saquémosle el mayor provecho espiritual posible a esta Cuaresma, escuchando atentamente lo que Jesús nos dice!**

3.- Preguntas para orientar la reflexión: *(Leer pausadamente cada inciso, y dejar un instante de silencio después de cada pregunta, para permitir la reflexión de los hermanos)*

- a) ¿Me quedó muy claro, que el mayor escollo, el principal obstáculo para mi conversión profunda y definitiva, consiste en no saber ESCUCHAR lo que Cristo me dice...?
- b) ¿Entendí cómo puedo hacer, para ESCUCHAR mejor al Señor, a través de todos los medios que Él elija para hablarme?
- c) ¿Me doy perfecta cuenta de que mi camino en la vida Cristiana, será una constante alternancia, un permanente ir y venir entre el Tabor y el Gólgota, entre las consolaciones y la cruz?
- d) ¿Estoy cumpliendo debidamente con mis deberes apostólicos? ¿Soy consciente de que los “regalos” espirituales que me concede el Señor (en una Eucaristía vivida intensamente, en una Hora Santa, en un Rosario rezado con devoción, en un retiro espiritual o en un “encuentro del ANE”, etcétera), deben estimularme a un mayor sacrificio, para que mi labor apostólica pueda dar abundante fruto, para Gloria sólo de Dios y la edificación de Su Reino...?

4.- Comentarios de los hermanos: *Luego de un momento de silencio, se concede la palabra a los participantes de la Casita, para que expresen sus comentarios. Se buscará la participación de todos.*

5.- Concordancias del Evangelio con el Catecismo de la Iglesia Católica: Cánones: 444, 555, 556, 2572

444 Los evangelios narran en dos momentos solemnes, el bautismo y la transfiguración de Cristo, que la voz del Padre lo designa como su “Hijo amado”. Jesús se designa a sí mismo como “el Hijo Único de Dios” (**Jn 3,16**) y afirma mediante este título su preexistencia eterna. Pide la fe en “el Nombre del Hijo Único de Dios” (**Jn 3,18**). Esta confesión cristiana aparece ya en la exclamación del centurión delante de Jesús en la cruz: “Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios”, porque es solamente en el misterio pascual donde el creyente puede alcanzar el sentido pleno del título “Hijo de Dios”.

555 Por un instante, Jesús muestra su gloria divina, confirmando así la confesión de Pedro. Muestra también que para “entrar en su gloria”, es necesario pasar por la Cruz en Jerusalén. Moisés y Elías habían visto la gloria de Dios en la Montaña; la Ley y los profetas habían anunciado los sufrimientos del Mesías. La Pasión de Jesús es la voluntad por excelencia del Padre: el Hijo actúa como siervo de Dios. La nube indica la presencia del Espíritu Santo: “Apareció toda la Trinidad: el Padre en la voz, el Hijo en el Hombre, el Espíritu en la nube luminosa” (Santo Tomás de Aquino, Summa Theologica. 3, 45, 4, ad 2).

ORACIÓN: “En el monte te transfiguraste, Cristo Dios, y tus discípulos contemplaron tu gloria, en cuanto podían comprenderla. Así cuando te viesen crucificado, entenderían que padecías libremente y anunciarían al mundo que tú eres en verdad el resplandor del Padre.” (Liturgia bizantina, Contaquio de la Fiesta de la Transfiguración).

556 En el umbral de la vida pública se sitúa el Bautismo; en el de la Pascua, la Transfiguración. Por el Bautismo de Jesús “fue manifestado el misterio de la primera regeneración”: nuestro bautismo; la Transfiguración “es el sacramento de la segunda regeneración”: nuestra propia resurrección (Santo Tomás de Aquino). Desde ahora nosotros participamos en la Resurrección del Señor por el Espíritu Santo, que actúa en los sacramentos del Cuerpo de Cristo. La Transfiguración nos concede una visión anticipada de la gloriosa venida de Cristo “el cual transfigurará este miserable cuerpo nuestro en un cuerpo glorioso como el suyo”. Pero ella nos recuerda también que “es necesario que pasemos por muchas tribulaciones para entrar en el Reino de Dios”: Pedro no había comprendido eso cuando deseaba vivir con Cristo en la montaña. Te ha reservado eso, oh Pedro, para después de la muerte. Pero ahora, él mismo dice: Desciende para penar en la tierra, para

servir en la tierra, para ser despreciado y crucificado en la tierra. La Vida desciende para hacerse matar; el Pan desciende para tener hambre; el Camino desciende para fatigarse andando; la Fuente desciende para sentir la sed; y tú, ¿vas a negarte a sufrir? (S. Agustín, serm. 78,6).

2572 Como última purificación de su fe, se le pide al “que había recibido las promesas” que sacrifique al hijo que Dios le ha dado. Su fe no vacila: “Dios proveerá el cordero para el holocausto”, “pensaba que poderoso era Dios aun para resucitar a los muertos”. Así, el padre de los creyentes se hace semejante al Padre que no perdonará a su propio Hijo, sino que lo entregará por todos nosotros. La oración restablece al hombre en la semejanza con Dios y le hace participar en la potencia del amor de Dios que salva a la multitud.

6.- Reflexionando con la Gran Cruzada: CA 62 Mi Padre quiso que en Mi Transfiguración estuviesen presentes tres discípulos Míos. Entre ellos, Pedro. Y lo quiso para que fuesen Mis testigos y no olvidaran que antes del oprobio, fue el esplendor el que se manifestó en Mí. Así dejé a los Míos el recuerdo de majestad, pero que debía servir para confirmación de Mi obra Divina de salvación.

7.- Virtud del mes: Durante el mes de marzo, practicaremos la virtud del **Sacrificio** (Catecismo de la Iglesia Católica: Cánones 2099—618—901—2100—1032)

Esta Semana veremos el canon 618, que dice lo siguiente:

618 La Cruz es el único sacrificio de Cristo “único mediador entre Dios y los hombres”. Pero, porque en su Persona divina encarnada, “se ha unido en cierto modo con todo hombre”, Él “ofrece a todos la posibilidad de que, en la forma de Dios sólo conocida, se asocien a este misterio pascual”. Él llama a sus discípulos a “tomar su cruz y a seguirle” porque Él “sufrió por nosotros dejándonos ejemplo para que sigamos sus huellas”. Él quiere, en efecto, asociar a su sacrificio redentor a aquellos mismos que son sus primeros beneficiarios. Eso lo realiza en forma excelsa en su Madre, asociada más íntimamente que nadie al misterio de su sufrimiento redentor (Cfr. Lc 2,35): Fuera de la Cruz no hay otra escala por donde subir al cielo (Santa Rosa de Lima, vida).

Y La Gran Cruzada nos dice:

ANA 58 Si quieres entrar en la vida, guarda Mis leyes; si quieres conocer la verdad, créeme; si quieres ser perfecto, renuncia al mundo; si quieres ser Mi discípulo, niégate a ti mismo, edúcate en Mi escuela. Si quieres conocer la vida bienaventurada, desprecia la presente; si quieres ser ensalzado en el cielo, humíllate en la tierra; si quieres reinar Conmigo, lleva la Cruz Conmigo, porque solamente los siervos de la Cruz hallarán el camino de la bienaventuranza y de la luz.

8.- Propósitos Semanales:

- **Con el Evangelio:** Me esforzaré por aprender a ESCUCHAR, a Jesucristo y a los demás... Trabajaré en cultivar mi silencio interior, por leer y escuchar con más atención las Sagradas Escrituras, las oraciones de la Misa... de ese modo podré ir construyendo cada día, en mi vida, el Reino de Dios.

- **Con la virtud del mes:** Revisaré, cada día, de qué modo puedo negarme a mí mismo, para unirme a la Cruz Salvífica de Cristo. Me esforzaré por realizar con mayor entrega y sacrificio los servicios que presto en el Apostolado.

9.- Comentarios finales: *Se concede nuevamente la palabra para referirse a los textos leídos (del Catecismo o de la Gran Cruzada) o a cualquier otro tema de interés para la Casita, para el Apostolado o la Iglesia en general.*